

CRÍTICA. — POESÍA.

La Sombra de Nelson: Por Inarco Celenio. P. A.

Pocos, pero excelentes versos. Libro grande, mal grande decian los antiguos; y otros añaden que el que pretenda remontarse al templo de la inmortalidad no cargue con pesado bagage que le abrume: pocas hojas han bastado para hacer inmortal el nombre de *Horacio* y de *Boileau*, quando hay autor cuyas obras oprimen espaciosos estantes sin que su nombre sea conocido ni aun de sus contemporáneos.

La Sombra de Nelson es una composicion perfecta en su género: idea nueva y muy apropiada al intento del poeta: language y estilo puro, correcto y elevado: la frase poética digna de nuestro siglo de oro; los mismos giros y transposiciones, los mismos epitetos y las mismas voces que usaron nuestros mayores: la misma libertad que se tomaron para enriquecer nuestra poesía.

Todo es sencillo al mismo tiempo que sublime. No hay rabia ni furor, ni quadritos torneados, ni frases de relumbron, ni declamaciones, que llamaremos de surtido, porque á todo se acomodan, ni hinchazon, ni hojarasca, que por ahí suelen decorar con el dictado de elevacion y riqueza de adornos; pero sí fuego y vigor: pinturas sublimes: concisas, eloqüen-

tes y enérgicas expresiones : entusiasmo poético: amor á la patria , y justo odio al enemigo de ella , expresado con la mayor fuerza , sin faltar á la dignidad y nobleza que conviene á una nacion generosa y grande. Eleva á ésta , á su augusto Soberano , al digno Caudillo de sus exércitos , con todo el decoro del poeta que reparte debido elogio huyendo de vil adulacion: abate al enemigo con las armas de la razon, haciendo justicia á su esfuerzo , y detestando solo su altivez y sus pérfidas y traidoras artes.

Nelson , que era el terror del mar , cae al estrago de naval pelea. El poeta le hace aparecer qual pavoroso espectro. . . .

. De sangre y humo
Y de mortal amarillez cubierto:

Levanta el espectro su terrible voz para pronosticar la fatal ruina de su patria. Pinta con esto de un rasgo vigoroso el terrible combate, y el valor de los nuestros.

Tronó el cañon , y huyendo de las playas
Corvas , al mar se entregan animosos:
Entre enemigos vientos , niebla obscura,
Hórrida tempestad. Yo ví el sangriento
Choque , el incendio y la comun ruina;
Yo de tus armas el honor temido
Sostuve , en tanto que á la suerte plugo:
Supe en los tuyos excitar crueles
Alientos , supe acometer terrible,
Y lidiar y morir.

Este modo de acabar es tan enérgico quanto lacónico; no desmerece de aquel tan sabido dicho: *vine, ví, vencí*.

Sigue con igual fuerza la pintura del estrago de la pelea, y se admiran construcciones dignas de un Herrera, ó de un Fr. Luis, los dos autores que con mas soltura y valentía manejaron nuestra lengua.

Ved ahora un pensamiento filosófico expresado con fuerza, novedad, y en sublimes versos:

..... Cede á la eterna
Ley, Anglia altiva, que en diamante duro
Grabó el destino. Los imperios mueren:
Su esplendor se obscurece, la fortuna
Que los engrandeció, los abandona,
Y aun la memoria de su nombre acaba.

Sigue una muy hermosa imagen.

No el ceño irrites del leon, que ruge
En su caverna, y de temor desnudo,
Lame las garras con tu sangre tintas.

Veamos ahora toda la pérfida política del Gabinete inglés reducida á breves quanto enérgicas frases.

Divide y vencerás. Enciende el fuego
De la discordia, y sientan las naciones,
Del oro corruptor que los delitos
Compra, el poder irresistible. Cerque
Los tronos altos sedicion traidora;

Y en ellos tiemblen los que adora el mundo.

Rencores, tu amistad: tu paz, oculta

Guerra ha de ser: esclavitud y afrenta,

El favor que los débiles te pidan.

Ni guardes fé, ni los jurados pactos

Cumplas: invade: usurpa. . . .

No puede decirse mas en menos palabras, ni con mas fuerza. . . . Pero ¿á donde voy? ¿Intento copiar y volver á copiar este poemita? . . . Tal es el gusto que uno siente al leerlo. Cada verso es un rasgo de mano maestra. Pero no hagamos un frio, vulgar y pesado comentario de una composicion tan breve quanto sublime.

Y si acaso para algunos hubiese sido demasiado largo, sírvame de excusa el decir que si hay gruesos volúmenes en los que nada se halla que aprender ni que alabar; hay hojas sueltas que enseñan mucho, y pueden dar motivo á grandes elogios, y á difusos comentarios quando se trata de exâminar sus bellezas, y de dar á conocer su mérito.

El Anteojo y la Trompetilla, ó el daño está en no entenderse. — Cuento.

Bien sabido es quan ingenioso era el diablo Cojuelo; sus aventuras serán leídas con gusto mientras lo haya al buen language castellano, y á los cuentos chistosos.

Voy á hablar ahora de otro diablillo, pa-

riente muy cercano de Cojuelo, llamado Astarot, y amigo de un tal Don Lesmes, hombre algo extravagante, que pecaba en filósofo, y se andaba hilbanando los sesos en meditar sobre los hombres. Lo único que sacaba de estas sus vanas meditaciones era quebrarse la cabeza, mirar con ceño al género humano en general, declamar á tuerto y á derecho, y hacerse infeliz de mas en mas; pudiendo muy bien ahorrarse de tales provechos con no meterse en honduras, que ni le iban ni le venian.

Astarot quiso curar á su amigo de tan necia manía, y esto con el exemplo, que es la mejor leccion; para lo qual cogiéndole de la peluca, porque el mucho pensar y poco comer le habia vuelto calvo, le arrebató á los ayres, yendo á dar con él á la picota de la torre de Santa Cruz quando nada menos.

Púsole en una mano un grande anteojo á la manera de un astrólogo, y en la otra una trompetilla de las que usan los sordos, y le dixo: Con este anteojo alcanzarás á ver de polo á polo, y con esta trompetilla oirás quanto en el mundo se hable.

Al instante aplicó Don Lesmes la vista al anteojo, y descubrió allí cerca un hombrezuelo flaco, amarillento y descarnado que se estaba atusando al espejo; aunque parecia jóven, ya le afligian aquellos achaques que solo en la vejez suelen asaltarnos, pues padecia de gota y de asma, y tenia un disforme lobanillo medio por medio de la frente. Este lobanillo le incomodaba aun mas que el asma y la gota,

pues estas solo le causaban dolor, y aquel le hacia sobremanera horrible.

Hizo Astarot á Don Lesmes que mirase á otro lado, y al instante dió con un médico, que aunque no era muy hábil, se jactaba de tener un remedio tan fácil quanto seguro para destruir toda deformidad de la piel como son lobanillos, berrugas, lupias, &c. Me parece, dixo Don Lesmes, que este hombre es un solemne charlatan. Nada menos que eso, replicó Astarot, bien puede jactarse de su remedio, que es seguro: en un instante destruiría el lobanillo del asmático si acertára éste á ponerse en sus manos. Pero que sucede, no encontrando enfermos que curar, se muere de hambre, y el enfermo que es muy rico se desespera porque no halla un médico que eche abaxo su maldito lobanillo. Pero como el uno está en Pekin, y el otro en Roma, no pueden conocerse, ni verse, ni hablarse; si así fuese, quedaban los dos contentos, curado el uno, y rico el otro. Bien quisiera Don Lesmes replicar á esto; pero prefirió seguir en su entretenimiento, y así mirando á un parage mas distante vió una señorita á quien el padre al mismo tiempo que daba el dulce nombre de hija, la trataba como á una esclava, con mas rigor del regular. Era esta muchacha hermosísima, y estaba dotada de quantas prendas deben concurrir en una muger, tenia un corazon tierno, amoroso y constante, y solo la faltaba un esposo de su edad, de sus prendas y circunstancias para ser perfectamente feliz; cosa muy difícil de hallar en estos

tiempos , como no sea en las novelas *sentimentales*.

El padre , que solo al malvado interés y á la vanidad atendia , sacrificaba á su hija casándola con otro ridículo vejestorio como él , solo porque era rico , y muy noble ; con lo qual la infeliz doncella pasaba de un encierro á otro encierro , y de un purgatorio á otro purgatorio.

Lástima me da la suerte de esta pobre criatura , dixo el bueno de Don Lesmes , y no sé que daria por aliviarla.... Diciendo esto dió un empujon al anteojo , y fué á encararlo delante de un mancebito hermoso como Adonis , enamorado como cupido , rico , noble , discreto y virtuoso , que por su lado buscaba con la mayor ansia una esposa , no que fuese rica , sino que reuniese las dotes que adornaban á nuestra doncellita. Habia encontrado muchas mugeres hermosas sin juicio , algunas con juicio , pero feas , unas presumidas de discretas siendo necias , otras de virtud gazmoña , mucha apariencia , y ningun fondo ; en fin , fastidiado de feas , de locuelas y de mogigatas , y desesperado de no hallar lo que tanta falta le hacia , gemia , suspiraba , estaba pálido y casi desesperado.

¡Qué desgracia ! exclamó Don Lesmes , si estas tres personas se viesen y se hablasen se harian felices ; el padre satisfaria su necia ambicion y su vil interés , y los dos jóvenes harian un casamiento tan igual quanto dichoso.

En esto aplicó la trompetilla al oido , y quedó aturdido de los gritos que daba un hombre modestamente vestido , y de edad regular,

el qual amargamente se quejaba al cielo, diciendo: ¿es posible que siendo yo un hombre tan sabio é ingenioso, que escribiendo tan bien en prosa y en verso, y habiendo estudiado tantas ciencias, recibido tantos grados, alcanzado tantos premios académicos, publicado tragedias, poemas, discursos filosóficos, historias, novelas y traducciones, &c. por todas partes me ha de acosar esta maldita miseria? ¡Oh, quién pudiera trocar una poreioncilla de mi ciencia por algun poco de plata, que me hace absoluta falta!

Tambien me compadece la suerte de este sabio enciclopédico que hace traducciones y tragedias, y se muere de hambre. — De compadecer es, dixo Astarot, que aunque diablo solia apiadarse á veces, pues entre las desdichas que al hombre afligen no creo haya otra ni mas injusta ni mas dura que la del hombre sabio reducido á absoluta miseria: no sé si toda la estóyca filosofia puede alcanzar á sufrirla.

Pues atiende á este otro lado para tu consuelo, continuó Astarot, y le presentó á la vista un hombre muy rico, muy necio, muy fastidiado y muy fastidioso, cosas todas que no causaron admiracion á Don Lesmes; pero si se la causó el oirle, gracias á la trompetilla, quejarse al poco mas ó menos en estos términos: “de que me sirve manar en riquezas si no puedo estar contento: querria alcanzar la gloria literaria; que mis obras fuesen premiadas por las Academias, y ensalzadas por los diaristas; que se me alabase de sabio, y solo me alaban de